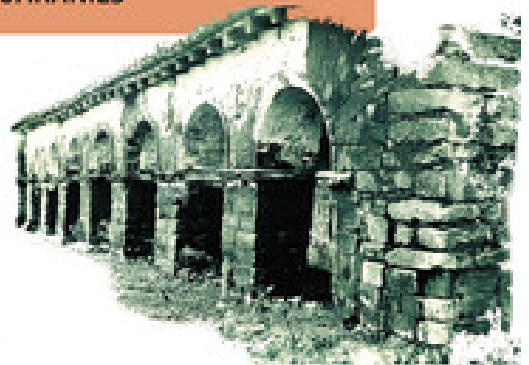


Maximiliano von Thüngen

RUINAS JESUÍTICAS, PAISAJES DE LA MEMORIA

EL PATRIMONIO CULTURAL
DE LOS ANTIGUOS PUEBLOS
DE GUARANÍES



SERIE ANTROPOLOGÍA SOCIOCULTURAL

 PARADIGMA INDICIAL

sb

CAPÍTULO II

La Fundación Paracuaria (1977-1982)	55
¿Para qué el legado jesuítico?	55
La influencia del Concilio Vaticano II	59
Inauguración de museos y misa en Trinidad	62
Protegiendo el patrimonio.....	67

CAPÍTULO III

La misión de San Cosme y San Damián	71
La destrucción del templo	71
Un edificio vivo.....	73
Iglesia para usar o ruinas para mirar	77
La restauración del colegio jesuítico.....	81
San Cosme lejos de la Unesco.....	85

Segunda Parte

CAPÍTULO IV

La transformación de los imaginarios	89
El uso de los espacios antes de la puesta en valor	89
Las nuevas regulaciones	91
Aprendiendo a “valorar”	92
Conflictos por falta de participación popular.....	97

CAPÍTULO V

El patrimonio como promesa de trabajo	101
Economías campesinas en el callejón	101
Mar de soja en Itapúa.....	105
La destrucción de un sistema socio-ambiental	108
Las misiones como atractivos turísticos.....	112
El turismo en los imaginarios locales	115
Las comunidades mbyá guaraníes	118

CAPÍTULO VI

Las misiones y sus pasados	121
Interpretando hechos	121
Paraíso de indios	123
Justificar la violencia.....	126
Oro, dinero y valores sociales	128
Tesoros escondidos.....	128
Memorias de pérdida.....	130
Bienestar social y riqueza monetaria	132
Voces alternativas	135
Conclusiones	137
Bibliografía	143
Abreviaturas	149
Archivos	149



Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a Bárbara Potthast, que me acompañó en el curso de esta investigación desde que llegué a Alemania en abril del 2016, y a Guillermo Wilde, siempre atento y accesible.

Una beca del servicio académico para extranjeros de la Iglesia católica alemana (KAAD) y otra de la Fundación Konrad Adenauer, me permitieron compartir viajes y seminarios con estudiantes de todo el mundo. Ese intercambio con miradas tan diversas fue la experiencia más enriquecedora y estimulante de los cuatro años que pasé como estudiante en Alemania.

Gabriela Siracusano orientó en Buenos Aires mis primeros pasos en el camino de la investigación. Sin ella no hubiera incursionado en este terreno. Las sugerencias y acotaciones de Mariela Eva Rodríguez, César Ceriani y María Isabel Hernández Llosas, que comenzaron durante mis estudios en Flacso, me ayudaron a pensar las preguntas que aborda este texto. Alejandro López fue un excelente director de mi trabajo de maestría. A él debo mucho de lo que aparece en este libro.

Markus Thulin me prestó una generosa ayuda al traducir al alemán mi proyecto de doctorado, poco después de mi llegada a Colonia. El padre Josef Übelmesser me facilitó el acceso al archivo de la *Missionsprokur* de los jesuitas en Núremberg, donde más de una vez fui recibido con gran hospitalidad. Los comentarios de Johannes Meier y de Fabian Fechner me ayudaron a profundizar temas que en una versión preliminar de este texto habían sido apenas mencionados.

La representante de la Fundación Paracuaria/*Missionsprokur* en Paraguay, Gisela von Thümen, puso a mi disposición la documentación que es la base

de este texto. Su casa fue para mí un oasis en el ardiente verano de Asunción. Milda Rivarola me invitó a consultar su riquísima biblioteca en el bello pueblo de Quyuquyhó. Javier Yubi aceptó que ilustrara este libro con fotografías de su colección. Durante mis estadias en San Ignacio Guazú, Carlos Bedoya me ayudó siempre, en todo cuanto pudo. El padre Antonio Betancourt SJ y Blas Servín fueron mis primeras manos amigas en Paraguay. El apoyo del padre Alberto Luna SJ en un momento clave me ayudó a conseguir la beca que necesitaba para avanzar en esta investigación. Las conversaciones con el arquitecto Eckart Kühne, codirector de las obras en San Cosme entre 1989 y 1991, me ayudaron a comprender aspectos fundamentales de ese proyecto.

A los vecinos de San Cosme, Trinidad y Jesús les agradezco la hospitalidad y el interés en el trabajo que hice con y entre ellos. Su amistad fue una valiosísima compañía en todo momento. Los funcionarios de la Secretaría Nacional de Turismo de Paraguay estuvieron siempre dispuestos a conversar conmigo. Entre ellos, doy especialmente las gracias a Belén Espinoza y a Rolando Barboza. Y a Castorina Obregón, que más de una vez ofició de traductora en Guaviramí.

Agradezco por último a mis padres, que me apoyaron y sostuvieron durante largos años de estudio y formación en Buenos Aires. Y a Fatemeh, compañera de cada día.

Introducción

Llegada

¡Cruce a San Cosme! El grito del conductor me sacude del sueño. El autobús se ha detenido. A través de las sucias ventanas veo un letrero verde que señala el desvío. Más allá de la banquina se extiende el campo llano, verde, infinito. Cargo mi bolso, agradezco al conductor y desciendo. El autobús parte rugiendo, arrastrando una estela de humo negro. Dobla una curva y ya no lo escucho. Estoy solo, de pie bajo el sol del mediodía. Sobre mí el cielo azul, amplio como el mar. No pasan autos en una dirección ni en la otra. Los paraguayos evitan conducir a esta hora. Camino hasta una sombra. Espero. Al rato un viejo camioncito toma el desvío. Le hago señales y se detiene. El conductor me ofrece llevarme. Se llama Miguel y es dueño de una ferretería en San Cosme. Me habla de su vida mientras avanzamos siguiendo la carretera asfaltada. El viento caliente que entra por las ventanillas bajas es misteriosamente refrescante. Veo a ambos lados de la ruta casas campesinas de madera, plantaciones de mandioca con las hojas derretidas por el calor, palmeras Pindó, algún animal, alambrados, el ingreso a la aldea indígena, eucaliptos, caminos de tierra colorada que serpentean campo adentro, un campesino con un amplio sombrero de paja y una camisa de algodón gastada, una rotonda y estamos en el pueblo.



En abril del año 2016 viajé por primera vez a San Cosme con la intención de investigar qué papel cumplía la antigua misión jesuítica, construida en el siglo XVIII, en la vida cotidiana de los sancosmeños. Llevaba conmigo unas

pocas ideas, elucubraciones académicas que parecían fuertes por no haber enfrentado nunca la realidad. Transcurrieron las primeras semanas. Lentamente comencé a acostumbrarme a un estilo de vida que para mí era nuevo. Los largos vagabundeos por las calles de adoquines, el sentimiento del tiempo perdido, las charlas que parecían cerradas, inconducentes, la falta de sentido, el calor agobiante todo el tiempo, mi condición de extraño, la convicción de que nada de lo que había aprendido en la universidad me serviría para entender la vida que se desplegaba ante mis ojos. Sentía con fuerza mi no pertenencia a ese mundo, tan fuerte como la que había sentido en Alemania, tierra también extraña que acababa de dejar atrás.

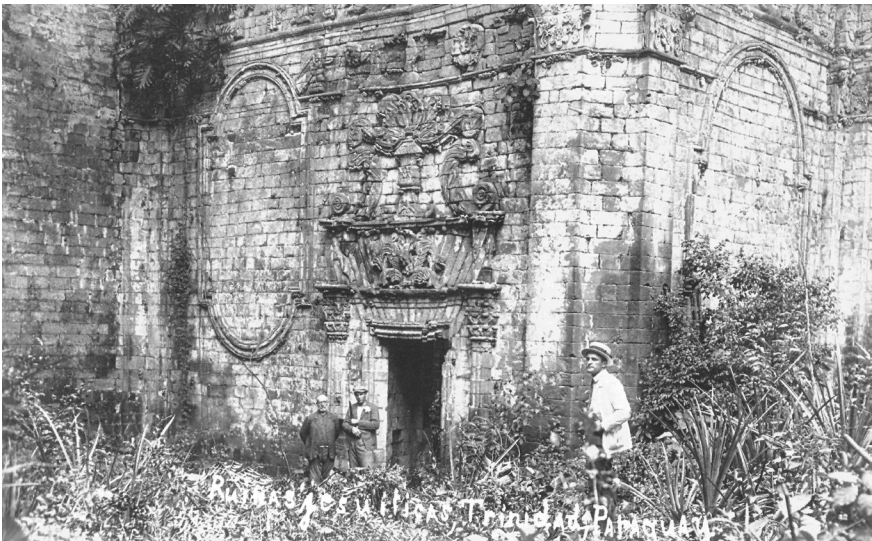
A medida que me adentraba en el pequeño universo de San Cosme, todas mis suposiciones iniciales se fueron derrumbando, una tras otra, revelando mis propios prejuicios y expectativas en relación con lo que creía que debía encontrar. Ingenuamente había supuesto que la reducción jesuítica sería un tema omnipresente en el pueblo, del que todos hablarían permanente e incansablemente. El aburrimiento indisimulado con que los sancosmeños respondían mis interminables preguntas me hizo pensar lo contrario: su indiferencia indicaba que la antigua misión era un sitio muerto, restos materiales de un pasado que ya no significaba nada para ellos.

De hecho la reducción sí ocupaba un lugar importante en los imaginarios locales y cumplía, además, funciones prácticas en la vida cotidiana de la comunidad. Pero esa importancia no implicaba que las personas hablaran de ella con entusiasmo o pasión. Sólo la menos original entre todas mis ideas iniciales resultó ser correcta: el papel de la reducción jesuítica en el pueblo era otro que aquél que le habían asignado sus fundadores unos tres siglos atrás. Hallazgo poco glorioso, pero sólido, que me indicó un camino a seguir.

Los edificios que se levantaban ante mí habían sido construidos por indicación de los jesuitas en el siglo XVIII. Muchos de sus elementos eran todavía originales: algunas imponentes vigas de lapacho, que resistían como rocas el paso del tiempo; los santos tallados en madera, que contemplaban en silencio, hoy como ayer, la celebración de la misa; o el reloj solar construido en piedra, testigo silencioso de miles de amaneceres, erguido todavía en la plaza. Pero la función del sitio había cambiado. Los antiguos edificios ya no eran un instrumento para evangelizar a la población nativa, sino un valioso patrimonio cultural protegido por sus características artísticas e históricas. Las frescas galerías de la misión, oasis en el abrasador verano paraguayo, ya no eran transitadas por sacerdotes ni por indígenas, sino por guías de turismo y por visitantes extranjeros. La amplia plaza, donde hace tres siglos se desplegaban vistosos espectáculos, cantos y peregrinaciones, permanece ahora casi siempre vacía.

Estas transformaciones nos hablan de la vitalidad de lo que a veces, a primera vista, parecen viejos edificios ajenos al cambio. Lejos de eso, su condición se ha transformado en el tiempo, casi sin interrupción, a la par que se transforma el pueblo y sus habitantes.

Antes de alcanzar su estado actual la misión pasó por muchos otros, como pude ver en antiguas imágenes y leer en textos. Un grabado del siglo XVIII muestra hileras de casas de indios, todas habitadas. El relato de un jesuita describe con orgullo la producción de figuras talladas en madera. Una carta del párroco del pueblo propone en 1925 entregar a una terrateniente local una pieza artística decorativa del pórtico de entrada a cambio de que ella financie la restauración de la iglesia. Una publicidad de turismo actual invita a visitar las misiones jesuíticas. Una fotografía deteriorada, en blanco y negro, muestra edificios sin techo y animales pastando libremente en la plaza. En otra veo a un hombre posando, elegantemente vestido de blanco, mirando directamente la cámara, insinuando un movimiento hacia delante, mientras detrás, en un segundo plano, la silueta grisácea de dos hombres se recorta contra los viejos muros de piedra.



Iglesia de Trinidad en la década de 1920.
Colección Javier Yubi.¹

1 Las fotografías pertenecientes a esta colección fueron publicadas en el libro *Pueblos Jesuíticos del Paraguay* (Yubi, 2013).

¿Qué significado y qué valor tenía para ellos ser retratados en las ruinas? ¿Era un símbolo de prestigio social? ¿Qué pensaron los campesinos de la zona al ver al hombre de blanco siendo fotografiado en la reducción? ¿Qué relación tiene esta imagen con la que cientos de turistas toman hoy de sí mismos y de sus familias mientras recorren los sitios?

Este libro trata de entender cómo cambiaron los usos y los significados de las misiones jesuíticas de Paraguay desde que comenzó su puesta en valor, a mediados de la década de 1970. A medida que avancé en esta investigación surgieron distintas preguntas que hubiera querido poder responder: ¿qué consecuencias tiene el patrimonio en la vida cotidiana de quienes lo conservan? ¿Qué interés tenían en él los jesuitas, el Estado paraguayo, el obispado de Encarnación o la Iglesia católica alemana cuando decidieron recuperarlo? ¿Cómo perciben los pobladores locales el proceso de puesta en valor y la llegada de turistas desde hace pocos años?

El recorrido comienza en 1973, cuando la Organización de Estados Americanos, a pedido del gobierno de Paraguay, envió a un profesional de la conservación arquitectónica para que evaluara la posibilidad de recuperar lo que quedaba de las antiguas misiones. Décadas de abandono habían sumergido los edificios en la exuberante vegetación del sur de Paraguay, llevándolos a un estado de deterioro que parecía irreversible. Poco después la fundación alemana Paracuaria dio los primeros pasos para restaurar esos restos. Entre 1978 y 1981 fueron inaugurados los museos de Santa María de Fe, Santa Rosa de Lima, Santiago Apóstol y San Ignacio Guazú, localidades todas fundadas por jesuitas. En 1984, el final de los trabajos en la reducción de Trinidad fue celebrado con una misa. La primera después de 217 años, según anunciaron entonces los periódicos. La iglesia de San Cosme fue restaurada entre 1989 y 1991. En 1993, como coronación de todos esos esfuerzos, Jesús y Trinidad fueron declaradas patrimonio mundial por la Unesco.

Desde entonces una imagen se vuelve cada vez más cotidiana: la de espectadores detenidos frente a los grandes muros de piedra colorada de las reducciones, contemplando el patrimonio mientras escuchan la explicación que da alguno de los guías de turismo. La escena es similar a la de la fotografía anterior, pero las razones que llevaron a cada uno de los retratados a interesarse por las viejas ruinas son diferentes en cada caso.

Primero estuve en San Cosme. Fue allí donde pasé más tiempo y donde mejor conocí a los lugareños. Más adelante viajé a Trinidad y a Jesús, donde hice estadias más breves pero también intensas. Estos tres pueblos conservan los restos de las misiones jesuíticas más significativos de Paraguay. Allí pude observar las consecuencias materiales y simbólicas que su puesta en valor tiene

para las poblaciones locales. Una de ellas –quizás la más evidente– es que cambia la función de los sitios en su vida cotidiana. Durante décadas los animales habían pastado tranquilamente en las plazas de las misiones, que además eran usadas como campos de cultivo y espacio donde celebrar fiestas populares y peregrinaciones. Hoy los predios están alambrados y vigilantes de seguridad controlan que nadie ingrese en ellos sin permiso. Otra consecuencia visible es el impacto de los ingresos económicos generados por el turismo en la estructura social local. A la par que surgen nuevas fuentes de empleo de la mano de esa actividad, aparecen nuevas formas de desigualdad. Una consecuencia adicional –menos visible que las anteriores– es la transformación de las identidades sociales a medida que las personas incorporan nuevos valores y prácticas asociados a la noción de patrimonio cultural, durante mucho tiempo ajena al ámbito de estos pueblos.



Visitantes en la reducción de Jesús de Tavarangue.
Fotografía: Oficina de Senatur en Jesús.

Hablar hoy de patrimonio cultural es hablar de un imaginario global, compartido por Estados y organismos internacionales, que concibe las misiones como expresión de valores universales. Los pobladores locales se familiarizan len-